

Mama ceiba

Escribe: **BERNARDO VALDERRAMA ANDRADE**

El horizonte marino, tenue línea entre dos azules de cielo y agua; el movimiento sucesivo y creciente de las olas, con sus crestas coronadas de espumas y rumores; el retozo de los buecos a cien brazas de la orilla; el desplazamiento en parejas de los sábalos, manchas alargadas y movibles bajo el verde transparente y esmeralda del mar en los bajos; el vuelo solemne de los alcatraces, como sus pesadas y grotescas zambullidas; el susurro de la fronda en los mangles o en los penachos despeluzados de las palmeras; el bailoteo del bote viejo, haciendo agua por las ranuras, prisionero cerca de la playa por la potala de oxidado y carcomido hierro; la filigrana empolvada de sal de las redes pendientes de una vara de mástil; los arrumes iridiscentes, nacarados, de grandes caracoles calcinados al sol; la navegación mecedora de los botes en pos de blancas velas remendadas, chirreantes drizas y escotas en su abrazo a las dos botavaras..., ello, todo ello, había estado a la vista de Zoila desde la inconciencia de la niñez. Era su mundo, calenturiento, batido por la brisa, siempre presente como cuadro natural y maravilloso, desenvuelto ante la sencilla cabaña de techo de palma y paredes de estantillos de mangle, levantada sobre la parte alta de la playa, a la sombra de los almendros, en la bahía de Cispatá.

Pero el primer recuerdo conciente de la niña negra, se incrustaba en este paisaje amplio, aparentemente igual y sin embargo siempre cambiante, como una visión que le producía desazón y curiosidad; surgía una y otra vez con repetición exacta, en el transcurrir de su vida apacible, alternada por juegos infantiles a orillas del mar, o pequeños deberes como única e increíble compañera del abuelo Samué.

Mas era propicia su mente infantil a reconstruir este cuadro, un tanto diluido por el curso del tiempo, en las noches tempestuosas...: rugía entonces el mar con olas altas y encrespadas; rugía el viento y sacaba gemidos lastimeros a los troncos de las palmeras; escuchaba crujir las ramas de los almendros, chapotear agua en el fondo del bote, cuando un golpe rudo de pleamar, hacía saltar la embarcación atracada en la arena. Los relámpagos se sucedían tan próximos uno del otro, que la obscuridad de la noche tomaba un tono de gris fosforescencia, y el mar, un contraste de resplandores y negruras, de eminencias y simas, como para llenar de temores al más avezado marino.

Por los claros que dejaban las varas de mangle en las paredes, se colaba la brisa impetuosa, silbaba bajo el techo de palma, escapaba con un suspiro continuado por el muro opuesto; el hogar se llenaba de un parpadeo de luz y noche, le permitía descubrir la silueta del abuelo Samué, sentado en la cama, las piernas colgantes, el pecho con hilachas de vello cano, los pómulos hundidos cuando al chupar el tabaco baboso, hacía recobrar a la punta su fulgor de brasa. La presencia tranquila del viejo, veterano pescador de los mares, era motivo suficiente para ahuyentar en la niña negra el temor por las furias desatadas en la naturaleza; en aquel cabello alborotado y blanco, en los ojos semicerrados e impasibles, en su inmovilidad paciente ante la ira del gran elemento líquido, que sabía tornaría a aquietarse y volver a ser sumiso al hombre, estaba la silenciosa fortaleza del pescador, que inspiraba confianza a su nieta, ahora arropada bajo la colcha de tejido descarralado por el prolongado uso...

* * *

...El techo de palma seca era el mismo sobre los entramados de las maderas; la brisa se colaba silbante a través de los estantillos; el mar azotaba la playa para dejar en ella grandes arrumes de caracoles pequeños, conchitas, dedos de coral, meandrinas y otras piedras de mar, todo ello envuelto en la maraña de las algas rojas, arrancadas al fondo desde los lejanos arrecifes. En su rincón, sobre la banca de tablas que era su cama, Zoila deseaba la llegada del nuevo día para correr a la orilla y buscar los caracolitos más bonitos... Lo quería intensamente, convencida en su razonar infantil, que también los dolores de su madre cesarían cuando apareciera de nuevo el sol, despejara las tinieblas, aquietara el mar, desplegara en el cielo los abanicos rosados con los cuales se apagaban una a una las estrellas... ¡Eran tan calmas las primeras horas del día!... ¡Tan suave la brisa!... ¡Tan juguetonas y acariciadoras las pequeñas olas!... Y su madre también dejaría de gemir, de retorcerse en el camastro, de mirar a uno y otro lado con esos ojazos desorbitados y llorosos, implorantes de algo que su padre y el abuelo Samué no podían remediar...

En una esquina de la choza, los tizones de la hoguera se opacaban e iluminaban como soplados por una boca invisible; sobre la parrilla humeaba la olla renegrada donde se preparaba el sancocho, esta vez con solo agua caliente; en el asiento se amontonaban lienzos limpios; su padre, alto, sudoroso, no mostraba esa noche el blanco de los dientes al reír, sino el blanco de los ojos que movía con desgarradora impotencia, del cuerpo dolorido de Rosita su mujer, a la cara consternada del abuelo Samué. Zoila nunca lo había visto así..., siempre era tan alegre y riente. El abuelo, sentado a los pies de la cama, chupaba el tabaco, inmóvil, con su pecho lleno de canas. Y su madre gritaba..., gemía..., se retorecía..., sudaba, al par que afuera el mar rugía y el viento batía ululante la vegetación de palmas, almendros y manglares.

¿Durmió?... Eso ya no lo recuerda la niña negra..., pero amanecía cuando un gran silencio pareció entrar por la puerta de la choza e inundó todos los ámbitos. Por una rendija de los estantillos atishó el mar: estaba

calmado, como cansado de tanto agitarse en la noche; las copas de los árboles quietas y sin rumores; en algunas de ellas, se desperezaban con las grandes alas extendidas los alcatraces; y en el horizonte, asomaba el incendio del nuevo día, con el lomo del sol cual si se empinara para mirar sobre la gran extensión de la bahía; el chillido de las golondrinas semejava un alegre canto de paz, y el griterío de los monos colorados en la selva, un saludo al remanso que volvía a la naturaleza.

La niña se incorporó: su padre ya no estaba allí... Nunca más lo volvió a ver; solo permanecía en el camastro su madre, extrañamente inmóvil, el rostro tranquilo, ceniciento, los ojos cerrados sin esa mirada de desespero. Y el abuelo a los pies de la cama, silencioso, la vista al frente, mirando sin ver nada, con el tabaco en los labios, baboso, apagado, como apagada estaba la hoguera con las cenizas dispersas...

Cuando el abuelo Samué la descubrió caminando hacia su madre, la contuvo con una de sus grandes manos huesudas, la alzó con brusquedad, la llevó fuera de la cabaña. Le temblaban las piernas al caminar, los dedos, los labios; por sus mejillas escurrían unos grandes lagrimones, el pucho se le deshacía en la boca.

—Vamo Zoilita a ve e nuevo día...

Lo oyó murmurar con esfuerzo, la voz desconocida. La niña dio una última mirada a su madre, hermosamente tranquila, los grandes y abultados párpados cerrados; pegó sus mejillas morenas a las carrasposas del abuelo, sintió en sus labios la humedad salada.

—Abuelo Samué..., ¿tiene uté agua e mar en lo ojo?

El viejo caminó por la playa, cada vez más lejos de la cabaña, seguía la línea ondulante de los desechos que dejara la mareta; una de sus manos le palmoteaba la espalda cual si fuera un "tambó", mientras repetía con terquedad incomprensible:

—Vamo Zoilita..., vamo a buscá caracolito.

Transcurrió la mañana escarbando en la arena: escogieron las piedras más bonitas, los más llamativos caracoles y conchas; jugaron con los paguros, rojos y azules como enanitos acorazados, sintieron el pellizco y la fuerza de sus pinzas; cuando Zoila tuvo hambre, el abuelo Samué la obsequió con algunos maduros de la platanera vecina, se encaramó como un mono cansado a la copa de una palmera para tirarle desde lo alto un coco, que luego abrió de dos certeros rulazos y lo dejó convertido en un abultado tazón verde, con el fresco líquido listo para beber; cuando asomaron los cangrejos azules, camino de su baño al mar, agarró algunos y le pasó las patitas y pinzas, arrancadas con destreza, para que ella sorbiera el líquido espeso de sus entrañas con sabrosa glotonería. Nunca el abuelo Samué le deparó tanta atención..., ni le jugó con tanta insistencia..., y también "más nunca lo vio con la faccione tan seria y lo ojo tan colorao".

—¿Volvemo a casa pa almozá?

Preguntó la niña cuando el sol picaba justo encima de la cabeza; el viejo pareció no oírla, sus ojos vagaron por unos instantes de la pincelada blanca de las velas en el mar, al verde lujuriente de la selva litoraleña. En la lejanía, sobre la fronda cerrada de los mangles, aún más alta que los plumeros de las coqueras, emergía majestuosa, espesa, como un hongo gigante, la copa de la Ceiba Grande, faro vegetal de los pescadores, mojón indicativo del camino al poblado de San Antero. La niña repitió el requerimiento, pero el abuelo continuó sin escucharla al parecer; mascaba el tabaco con fuerza, se le resaltaban como tablas los músculos de la cara.

—Abuelo Samué..., mama ya ebe tené e sancocho. ¿Vamo?

Posó el anciano los ojos en la niña con extraña expresión: se veía el esfuerzo por buscar disculpa a su nietecita, muy querida por ser la única que viviera con él desde recién nacida. El viejo siempre estuvo con los padres de Zoila en la choza de palma, aún en esas temporadas largas, cuando su padre “se iba a buscá trabajo, a contrabadiá”, o de pueblo en pueblo y de fandango en fandango. Entonces, abuelo Samué recordaba su plenitud, al madrugar, echar el bote al agua, armar los aparejos, pescar otra vez como lo hiciera de joven para conseguir alimento a la familia; y cuando “taba e buenas”, regresaba con un sábalo grande, o un par de buenos pargos, daba su parte a Rosita para la subsistencia, partía con vigor de hombre pleno a San Antero, donde cambiaba su suerte en la pesca por unas botellas de ron caña o ñeque. A la noche regresaba abuelo Samué tambaleante, con una sonrisa grandota que no podía quitarle Rosita pese a los regaños; se tiraba en la arena, la espalda en el tronco de un almendro, mientras los dedos desnudaban del papel de estaño un grueso y largo tabaco; con bocanadas de humo y escupitajos, entonaba cantos en incomprensible voz, o refería a Zoila historias marinas, que su supertisciosa mente acomodaba para los alcances de la nieta. Rosita en tanto no podía abstenerse de reír, menear la cabeza, mirarlo con los ojazos húmedos, en tanto escamaba el pescado, partía trozos de plátano y yuca para el sancocho, o preparaba pocillones de tinto que ayudaran al abuelo Samué a “espantá la borrachera”.

Por el rodeo que dieron, Zoila comprendió que se alejaban aún más de la casa. Condujo el viejo a la niña por una sombreada trocha en busca del camino de tierra que llevaba al poblado. La nieta protestó, con el vacío del hambre en el estómago:

—Abuelo..., ¿no vamo onde mamá?

Debió corretear la niña para seguir al abuelo Samué. En sus ojazos negros de transparente inocencia, asomó la perplejidad. ¿Qué le pasaba al viejo?

Los ardientes rayos del sol se vieron interceptados en esa parte del camino, por las espesas ramazones de la Ceiba Grande; bajo ella la penumbra era agradable y el calor menos sofocante; gavilanes de plumaje blanco y castaño, reposaban entre el follaje, atisbaban silentes y alertas los desplazamientos de los “lobitos”, para en rápido vuelo caer sobre ellos y devorarlos. Abuelo Samué detuvo la marcha ante las gruesas y extendidas raíces, de contornos sensuales, que atravesando el camino se desli-

zaban como serpientes entre las malezas floridas y las enredaderas. Confuso, como sin atinar del todo su ocurrencia, alzó a la niña, las palabras le escaparon por un lado del tabaco:

—Zoilita..., tu mama ya no volverá a etá con nosotros..., etá muedtecita...

La nieta lo miró de frente, con esa fijeza franca y turbadora de las pupilas infantiles.

—...Ahora seremo tu y yo..., no tendremos de mama sino a eta ceiba...

Extendió un brazo, musculado en otro tiempo, ahora descarnado, indicó el tronco del árbol y sus ramazones:

—¿Ve qué grande y protetora e?... Acoge a lo pájaro cuando la brisa etá fuedte; entre su raíce viven lobito y conejo; a nosotros nos sidve pa descansá a su sombra cuando tamos fatigados e caminá; nos ofrece su tronco pa recliná la espalda y toda esa hoja pa no sentí e sol..., e ¡Mama Ceiba!

No comprendió la niña sus palabras, pero siguió la mirada del abuelo Samué, extasiado en las frondosas ramas, en los extendidos y robustos brazos, en el hinchado tronco, semejante al vientre preñado de una mujer; era tan alta..., tan grande, que parecía sostener el cielo. Con un suspiro, concluyó el viejo en un esfuerzo por llevar comprensión a su nieta:

—Po la raíce..., po e tronco..., por la rama y la hoja de Mama Ceiba, ella subió anoche al cielo!

Y de nuevo los lagrimones rodaron por sus flacos pómulos. Zoila recordó la última visión de su madre, extendida, inmóvil en el camastro, los ojos cerrados, el rostro grisoso... Comprendió entonces las palabras del viejo, supo que “nunca má” volvería a verla...

* * *

La vida de la niña con el abuelo fue feliz, llena de interesantes experiencias y descubrimientos. A la madrugada, cuando el cielo aún se adornaba de brillantes estrellas, le hacía compañía en el bote, en busca de la pesca propicia a esas horas; con la embarcación anclada a muchas brazas de la orilla, aprendió del viejo a ensartar la carnada de sardina en el anzuelo, lanzar el sedal hasta donde alcanzaban las fuerzas, esperar en silenciosa expectativa el tironcito a la cuerda, indicación de un pez al morder el anzuelo; el abuelo Samué en la popa, ella en proa, permanecían muy quietos y callados, sin otro ruido que el murmullo de la marea al pasar bajo la nave, o el rumor lejano de las olas en la playa; no apartaban la mirada de las aguas, por donde veían circular seguidos de una cauda de fosforescencia, el desplazamiento de los peces, el baile de las “agua malas”, o el paso numeroso de los bancos de camarones, quienes llegaban hasta la superficie, saltaban poseídos de curiosa energía, llenaban el mar de salpicaduras, caían como obsequio rojo dentro del bote.

Otras veces se internaban por los caños del estuario del Sinú, bajo los arcos vegetales de los mangles a través de los cuales encandilaba el sol, en busca de babillas que el viejo le enseñó a capturar sin riesgo; la operación de embalsamarlas, rellenarlas de algodón, coserlas con pita, colocarles ojitos de semilla, fue todo un juego y una distracción para la niña, quien luego tuvo la gran sorpresa, cuando navegando a vela hasta el mismo casco de los gigantescos buques-tanques que venían por petróleo a Coveñas, descubrió que los extranjeros blancos se las cambiaban al abuelo por sacos de harina o arroz, con los cuales variaban la alimentación de pescado, yuca, plátano y caracoles.

Meses después, Zoila debió asistir a la escuela en el pueblo y no pudo acompañar al viejo sino en la pesca de la madrugada. Con el tiempo justo, encallaban el bote, desayunaba, partía para San Antero con la talega de tela al hombro, donde guardaba el cuaderno y un lápiz. Quedaba el viejo en la choza, dedicado a embalsamar babillas, o volvía al mar a sus labores pesqueras; ella se internaba por el ondulante camino, sin otra compañía que el bullicio de los monos colorados en los árboles, o la carrera nerviosa de los "lobitos" y las iguanas al ocultarse en la hojarasca. Cuando pasaba frente a Mama Ceiba, no podía evitar detenerse, sentarse un momento sobre las raíces, contemplar su robusta grandeza, conversarle y contarle sus cuitas: abuelo Samué le había dicho que por ella había subido su madre al cielo..., entonces, por el mismo camino llegarían sus palabras...

Al regreso de la escuela, el reencuentro de la niña negra y el abuelo se sucedía al pie de Mama Ceiba. La esperaba el viejo sentado a la sombra del árbol, recostada la espalda en el poderoso tronco, fumando sin prisa el tabaco, entregado al parecer a una contemplación interior. Cuando ella se acurrucaba a su lado y lo obsequiaba con algún pedazo de queso salado, regalo de la maestra para completar su frugal almuerzo, o un racimo de mamoncillos cogidos en el recorrido desde el pueblo, abuelo Samué se llenaba de contento, mas no por eso dejaba de preguntarle:

—Habé Zoilita, habé..., ¿qué diablura hicite en la escuela?... Cuenta la verdá..., ya sabes que Mama Ceiba me dice too lo que haces mientras yo te espero aquí sentao.

Una tarde el abuelo Samué no acudió a esperarla..., también se había trepado por Mama Ceiba al cielo.

Debió Zoila dejar la cabaña a orilla del mar e ir a vivir en el pueblo, en casa de una familia que quizo acogerla. Desde entonces su vida afectiva fue solitaria, con el inmenso vacío que le dejara la feliz y cariñosa compañía del viejo. A la escuela no volvió: la hospitalidad en su nueva morada, la retribuía con labores en la cocina, o atención de la tienda minúscula de Petrona, donde a la par de gaseosas, cervezas y ron caña, se vendían hilos, botones, telas y cintas... Hasta el día que llegó el turco; para entonces, ya tenía quince años, formas de mujer, y sin embargo cada vez que podía, escapaba donde Mama Ceiba, para a través de ella hablarle a su madre y al abuelo Samué.

* * *

—Saludos Petrona..., ¿hoy si tiene blata ba bagarme las telas que le di al fiado?

La mujer levantó el rostro, semi-paralizado desde muchos años atrás, cuando un derrame le imposibilitó la mitad del cuerpo; había una expresión de angustia en sus ojos, tenía algo de macabra por el temblor nervioso de los músculos faciales medio muertos. En la puerta de la tienda, plantado con las piernas abiertas, enfundadas en altas y empolvadas botas con trabillas, el vientre desbordado sobre los pantalones, estaba el rechoncho turco, sofocado por el calor, chorreante de sudor todo el rostro congestionado y pecoso, los ojillos duros como puñales pese a la sonrisa amplia y forzada.

—Saludos don José..., pase..., pase.

El hombre se dejó caer en la traqueteante mecedora, tomó de la estantería una botella de cerveza e hizo ademán autoritario para reclamar el destapador; Petrona miró en contorno y al no ver la palanqueta, gritó a Zoila:

—¡Anda..., buca el detapador..., que don José trae se!

El turco observó los movimientos de la muchacha.

—Ha crecido la negrita..., ¡ya es toda una hembra!

Y en los ojos saltó un destello lascivo. Cuando Zoila le destapó la bebida, la miró de arriba abajo con aire goloso, hizo encoger y sentir incómoda a la muchacha. Petrona entanto escarbaba en el cajoncito donde mantenía el dinero; tintinearón las monedas y al oírlas dijo el turco.

—¡Quiero billetes!... Ya usted sabe que el menudo no me gusta.

Se esforzaba por aparentar amabilidad.

—Vino uté ante del plazo, don José..., tal ve no me alcance...

La mirada del extranjero, pegada a las caderas de la joven, la corrió del local, pero permaneció tras de la puerta..., a la escucha. Así pudo oír las exigentes reclamaciones del hombre, quien amenazaba con llevarse todas las mercancías de no ser satisfecho el pago; las súplicas de Petrona no lo ablandaban..., antes parecían exasperarlo. Se repetía una vez más la escena del extranjero proveedor de hilos, botones y telas. Desde chiquilla, cuando viniera a vivir en aquella casa, las apariciones del turco conllevaban problemas a la lisiada mujer, quien debía sostener la familia con el producto de las pequeñas ventas, toda vez que su hombre, dilapidaba los pocos pesos obtenidos en el trabajo, en ron caña, al cual se aficionara con exceso.

Con el oído pegado a la puerta, sin comprender del todo aquellos términos de cuotas, intereses, saldos, por instinto comprendía la precaria situación de Petrona, hasta el punto de convertir al turco en verdadero dueño de todas las mercancías de la tienda; siguió atenta las frases suplicantes, prometedoras, desesperadas de la paralítica, en oposición a las exigencias imperativas, usureras y groseras del comerciante. Luego lo oyó

hablar en voz baja, casi un susurro, cosa extraña en él, cuando siempre profería sus dictámenes a gritos; un sobresalto, un miedo letal se apoderó de la muchacha: su nombre había sido pronunciado por el turco en cuchi-cho... y Petrona lloraba, gemía, pedía clemencia, un plazo más...

—¡Por Dio don José!... ¡Cómo va a hacé ese daño a la niña!

Bastó ello para decidir a Zoila: abrió la puerta de un impulso, saltó ante las mismas narices del comerciante, huyó por la puerta a todo el correr de sus piernas, seguida por gritos y maldiciones del extranjero...

El pueblo quedó atrás. Con el corazón a punto de saltarle del pecho por la fatiga y el sobresalto, recorrió el camino que la llevaría donde Mama Ceiba y el mar. Cuando estuvo al pie del árbol, se acurrucó entre sus raíces, se abrazó a ellas, lloró sin consuelo. No sabía cuáles eran los deseos del turco y las exigencias que espantaran a Petrona..., pero el instinto clamaba que era algo muy malo.

A la noche la sorprendieron allí: llorosa Petrona, satisfecho pese a la rabia el extranjero; por la mísera suma de \$ 320.00, el monto de la deuda, don José la había comprado..., y ya se regodeaba con la buena utilidad que haría, cuando la revendiera a ese amigo libanés, rico ganadero amigo suyo, quien tenía por afición la compra y prueba de doncellas nativas...

—¡Ah!... ¡Dos mil me bagará bor esta jovencita negra!

Rumiaba el infame en la mente...

* * *

En el campero del comerciante, amarrada como una res, bañada en su propio llanto, Zoila fue arrancada de su tierra y su gente. Tendida en el piso del carro, amordazada, para evitar se descubriera el acto y sus gritos, el vehículo avanzó a tumbos por las calles de San Antero, trazadas caprichosamente a medida que el pueblo robó espacio a la selva. Solo los aleros de palma blanquecinos a la luz de la luna y agitados por la brisa marina, despidieron a la joven negra... Y sobre las cumbres, el cielo estrellado del golfo que tal vez nunca volvería a ver.

* * *

Rodeada de inexpugnable selva, en el galpón de las mujeres que compraba el patrón, con el calor insoportable y quieto donde zumbaban insaciables los mosquitos, comprendió Zoila la denigrante situación de las mujeres en aquella tierra perdida y lejana.

De cuando en cuando llegaba el dueño, acompañado a veces de amigos, con visibles muestras de embriaguez; las escogían como ganado, debían bañarse desnudas en el riachuelo, donde las observaban para aprobar la selección entre risotadas y comentarios obscenos, las llevaban luego a la hacienda donde toda la noche eran obligadas a satisfacer sus insaciables y hasta extravagantes apetitos... Cómo recordaba entonces su vida anterior a la orilla del mar, con el cariño del abuelo Samué y la ingenua protección de Mama Ceiba.

La crueldad imposible de soportar esa infame vida, la hizo concebir la idea de escapar. Sus otras compañeras, todas indígenas, parecían conformes y sumisas con el trato, como que habían sido vendidas al patrón por sus mismos padres, trabajadores en la hacienda del libanés, cuyos dominios se extendían hasta el horizonte. Pero ella era negra, la única negra en el galpón, y por ello mismo, por ser una hembra exótica en el lugar, nunca lograba mimetizarse entre las mujeres, cuando venían a escogerlas: no había escapado a ninguna de las odiosas bacanales. Mas la forma de huír debía ser audaz: hacerlo a pie, por los senderos de la selva, era imposible o llevaba a la muerte; por la carretera donde transitaban los camiones de ganado, la descubrirían solo para ser obligada a regresar... Maduró su plan, sola, con ansiedad que tenía algo de frenética, invocó la protección de Mama Ceiba..., y una noche, pasados tres días de soportar al patrón y sus invitados, cuando estos emprendían el regreso a la ciudad, se escondió dentro del platón de una camioneta, bajo la carpa que protegía una carga de plátano... Y horas después, cuando juzgó hallarse fuera de las propiedades de quien la comprara, aprovechó una corta parada para saltar del vehículo y ocultarse en la maleza a orilla de la carretera. Esperó con expectación, en la obscuridad, que reiniciaran la marcha. Cuando las luces rojas de los carros se perdieron en la distancia, saltó a la carretera... ¡De nuevo era libre!... Y contempló el cielo estrellado, aspiró el aire con deleite que la hizo reír, sus blancos dientes se llenaron de luz de luna, escuchó con alegría el chirrido recalentado de las cigarras, el canto de los pájaros nocturnos, el crujir de la hojarasca cuando una culebra abandonó los matorrales y atravesó la carretera en lentos y ondulosos movimientos... Las lágrimas, rodaron como nunca por sus mejillas. ¡Libre!!!... E invocó agradecida a Mama Ceiba.

De un salto pasó sobre la culebra, echó a andar en la misma dirección de los vehículos: su destino era la ciudad, donde nadie la hallaría entre tanto gentío... ¡Allí estaba su salvación!

* * *

Por varias noches prefirió la obscuridad para viajar; era más seguro y escapaba a los rigores del sol. Sus pasos la llevaron a través de parajes desconocidos, pueblecitos pequeños, y otros de regular tamaño, donde se impuso de la vida en el interior del litoral. De día pedía albergue en casas a la orilla de la carretera, dormía, comía lo que voluntariamente le ofrecieran, se informaba sobre la proximidad de Montería...

Y la última noche, cuando solo llevaba caminadas tres horas, la sorprendió el lejano horizonte de luces de la ciudad: era un vasto lago resplandeciente, cual si todas las estrellas del cielo hubieran caído a tierra. El tráfico de los vehículos se hizo congestionado, se sucedían unos tras otros los camperos, las flotas, los camiones con ganado y mercancías, los carrotanques. A todo lo largo de la vía croaban las ranas, saltaban bajo las ruedas de los carros, se encandilaban y huían los conejos. Caminantes como ella, indígenas unos, negros otros, viajaban con tranquilo desparpajo a orilla de la asfaltada calzada. Su presencia no despertaba la menor sorpresa..., era una más, que caminaba a la ciudad.

Con la proximidad de Montería, sus luces que antes lucían tupidas se descarralaron. Aparecieron las primeras casas de material, incongruente contraste con chozas de bahareque y palma, semejantes a la suya de Cipata. El dinero y la miseria tenían su sello en techos y paredes. Luego se sintió atraída por las luces de colores de una amplia construcción, donde se escuchaban alegres sonos de orquesta. Curiosa, dejó la carretera, bordeó los zanjones donde a la luz de la luna y los postes eléctricos, se apreciaban nítidos y rosados los lirios de pantano, se internó por una callejuela de tierra hasta la gran casa: "Cabaret El Jardín", leyó sorprendida y fascinada..., y se asomó a las rejas...

Un espacioso salón embaldosado y brillante, el derroche de luces de neón, las contorciones alegres de los músicos, el baile contagioso de las parejas, fue el saludo y primera cara de la ciudad. Qué bellas le parecieron las mujeres, con vestidos llamativos y cuidados peinados; contra la pared de enfrente, en ordenada hilera, mesitas y asientos donde se bebía y departía en ambiente cordial y feliz... Qué distinto aquello a las fiestas primitivas y sádicas del patrón... ¡Qué bella era la ciudad!

No supo cuanto tiempo permaneció extasiada con el espectáculo. La volvió a la realidad, la presión de una mano en su hombro, la voz melosa de una mujer que quería inspirar confianza:

—Niña..., hace tiempo te veo ahí parada..., ¿te gusta?... ¿Quieres entrá?

La mujer vestía con elegancia, el peinado dorado pese a su tez morena, toda cubierta de alhajas, envuelta en nubes de perfume. La sonreía..., y Zoila la admiró como a una diosa. Advirtió alguna dureza en la mirada..., pero si era tan bella, si poseía tan lindo traje y tantas joyas, debía ser buena. Sonrió tímida, sin poder ocultar sus dientazos parejos, se convenció que la ciudad era milagrosa.

—¿Quiere participá en la fiesta?... Yo puedo invitarte..., y darte ropa como esta.

El ademán fue expresivo, con el efecto deseado. Se balancearon los pendientes, lanzaron maravillosos chispeos azules, tintinearón los aros de oro en los antebrazos.

—¿Dice uté?... ¿Que yo?...

Y se miró avergonzada de tanta pobreza.

—¡Claro chiquilla!... Yo aquí soy la dueña. Si te gusta la fiesta..., ven..., eres invitada.

Y con ademán de cariñoso dominio:

—Primero te bañarás. Te vestiré luego..., y podrás participar en la fiesta. Te advierto eso sí..., hoy no hables mucho. Eres recién llegada, no tienes trato, pero ya aprenderás. Solo te impongo una condición..., debes ser alegre, condescendiente, no negarles nada a mis invitados. ¿Aceptas?

Los ojazos de Zoila eran todo agradecimiento. Puso las manos ingenua, como ante una virgen..., tuvo un pensamiento para agradecer a Mama Ceiba... ¡Por fin volvía a protegerla!... Y qué maravillosa era la ciudad.

* * *

Aquella noche se vio bañada, perfumada, vestida como una diosa. ¿Cuándo había soñado con un traje así?... ¿Con zapatos de taconitos?... ¿Con anillos, collares y aretes?... Todo fue un sueño, cuando hizo su entrada al salón: había dado unos pocos pasos y un joven rubio, de ojos azules y rientes, tostado por el sol, avanzó hasta ella, la tomó de la mano, con desparpajo conquistador la invitó a una mesa:

—¿Te provoca tomar algo?

Su voz era diferente a la de todo hombre conocido anteriormente. Sin ser muy gruesa, parecía envolverla con acentos acogedores. Zoila lo miró arrobada, le temblaron los dedos de ébano cuando él tomó sus manos en cariñosa confianza... ¡Creyó alcanzar el cielo! Las palabras del joven endulzaron sus oídos. Después de tantos meses de no recibir una palabra afectuosa, aquel “¿Cómo te llamas?”... “¡Qué linda eres!”... le produjeron alegría semejante a si volviera a oír el rumor de las olas en la playa o el canto de las golondrinas... Viniendo de muy lejos, le llegó el recuerdo del abuelo Samué: así de cariñoso hablaba él.

Comió como nunca, bebió, ¡bailó invitada por el dios rubio!... ¿Luego? Tuvo un momento de duda y desconcierto..., pero ella era mujer; él hombre y tan hermoso; tan lleno de cariño en sus frases..., con él todo sería extraordinario!... Luego la obsequió con dinero...

Cuando cansada pero feliz, se retiró con el nuevo día a la habitación que le destinaran, donde poco antes se entregara por primera vez con gusto y consentimiento, la amable protectora la detuvo a la puerta y le pidió el dinero:

—Te lo guardaré niña.

Pero a Zoila no le importaban los billetes..., nunca fue dueña de un peso; ¿para qué los quería entonces?... Solo deseaba encerrarse en la habitación, a soñar agradecida la suerte que al fin Mama Ceiba le deparrara... Y al día siguiente, esperar ansiosa la visita del dios rubio, quien le prometiera volver...

...Y no lo hizo.

.....

Detuve la camioneta a la orilla de la carretera, a la entrada de Lórica, frente a un toldo donde vendían jugos de fruta. Lo caluroso del día, la quietud del aire, hizo insoportable el viaje desde Montería, pese a la sorprendente belleza de los paisajes del bajo Sinú, extenso valle cultivado de algodón, arroz y maíz, potreros para el ganado, en contraste a la fronda vigorosa de los bosques, las plataneras, o las vastas extensiones inundadas de la ciénaga, o el curso sinuoso y espléndido del río.

El puente metálico, arco imponente sobre el Sinú, reflejaba en su estructura pintada de minio los ardores del sol; las barcas circulaban impelidas por largas pértigas, con la atlética silueta de los negros de pie en la proa; las babillas se asoleaban recalentadas y terrosas en las playas de arena oscura; los chiquillos morenos retozaban en las frescas aguas; los rebaños blancos de cebús, trotaban en pos de corpulentos padrotes; las garzas esbeltas e inmóviles en una pata, eran pinceladas blancas o rosadas en tanto verdor; y por el límpido cielo, cruzaba una rauda bandada de patos...

Con eficiencia en la cual ponía un ingenuo y divertido orgullo, el negro vendedor de jugos me llenó un vaso con jugo de lulo y trocitos picados de hielo. Lo paladeaba lento, con el frío refrescante de la bebida en los labios, cuando advertí a mi lado la presencia de una joven negra, de airosas formas, con el cabello alisado, lo cual le daba un aspecto diferente a otras mujeres de su raza. Bebía también un vaso de jugo, la mirada perdida en el horizonte, sus grandes y hermosos ojazos con una rara y misteriosa profundidad... Podría decir, que había una sombra de tristeza en sus húmedas pupilas.

Bebí otro refresco, observándola siempre, atraído por su silueta; bajo aquel sol, en la calenturienta población a orillas del río, bordeada de bosques, campos y ciénaga, aquella mujer negra me hacía pensar en lejanas tierras africanas. Cuando subí de nuevo a la camioneta, la vi despertar de su ensimismamiento, mirarme, sonreír con unos dientazos bellos y parejos; su voz me llegó con acentos que tenían algo de infantil canturreo:

—¿Va pa San Antero docto?

—Pasaré por allá.

—¿Me da un chance?

Asentí.

Con desparpajo que me sorprendió, rodeó el vehículo, saltó a la cabina con felina agilidad. Su perfume negro, de semilla tostada, invadió la cabina; me hizo estremecer su presencia de hembra.

—Gracia docto... hace mucho no vuelvo a mi pueblo. Toy ansiosa..., ¿sabe uté?... Me ha costao mucho podé volvé.

Y partimos.

* * *

En el recorrido apenas me dejó hablar. Inquieta, las redondas y provocativas rodillas diluyéndose con los rayos del sol, penetrando a raudales por los vidrios y ventanillas, señalaba y comentaba todas las incidencias del paisaje: los vastos campos sembrados; la altura viril de los volados; las cumbres de la serranía de Lorica; los lobitos huidores en la carretera al paso del vehículo, o al ataque asesino de las águilas; la carrera afanosa y simpática de los conejos; el andar cadencioso de las mujeres de su raza, con bultos, cántaros, canastas o tarros con agua, en increíble equilibrio sobre

las cabezas; el paso trotón de los asnos, con sus angarillas de madera y el negro jinete, olímpico como un rey, las piernas cruzadas adelante, la mirada en el rápido avance del automóvil.

Cuando el aire salado denunció para ella la proximidad del mar y el poblado de San Antero, el nerviosismo pareció dominarla.

—Salí e niña e mi tierra..., ¡y en qué forma!

Comentó enigmática, con un velo de tristeza en el rostro azulado. El reconocer los parajes de la infancia parecía abrumarla. No atinaba ya a hacer ningún comentario, cuando los trabajos de ampliación de la carretera, que me llevaran a esas tierras, me dieron oportunidad a explicar:

—Estamos ensanchando la vía... Yo dirijo los trabajos.

Ella no pareció escucharme. Buscaba ahora en el horizonte un punto definido que no acertaba a encontrar. Finalmente me preguntó:

—¿Pasará adelante del pueblo?

—Sí..., hasta el mar.

—Lo acompaño allá..., ¿puedo?

Esquivamos las volquetas con recebo, las máquinas motoniveladoras, los pesados cilindros, para avanzar dando tumbos por la vía en arreglo. Los obreros y operarios de la máquinas, me saludaban al paso. En una revuelta, asomaron las primeras casas de San Antero, sobre una eminencia, con sus techos de palma, a la sombra coposa de los árboles.

Las manos de mi ocasional acompañante, con uñas cuidadas de aspecto artificial en su piel de ébano, se retorcían sobre la carterita de cuero rojo con cremallera. Sus grandes ojazos miraban queriendo reconocer a cada uno de los despreocupados habitantes del pueblo. La figura de una mujer, a la puerta de una tiendecita, la mitad del cuerpo en anormal rigidez, le arrancó una mueca dolorosa; se mordía los labios para contener las palabras que pugnaban por salir; lo lento de la marcha la exasperó, hizo que me mirara y exclamara casi en orden:

—¡Apure docto!... ¡Apure!

Y como con pavor:

—¡Por favó!

Quedó el pueblo atrás con sus calles ondulantes; de nuevo bordeaba a la carretera en construcción, la lujuriente vegetación del litoral del golfo, ahora en parte destrozada y arrancada por las máquinas. La mujer volvió a su actitud de expectación, buscó anhelante sobre la copa de los árboles. La vista de los destrozos le llamó un presentimiento. Y en otra vuelta de la vía, lanzó un grito doloroso, sin apenas darme tiempo a frenar se arrojó enloquecida del vehículo.

A un lado, entre los escombros vegetales, se apreciaba la inmensa mole de una ceiba, los brazos partidos y desgajados por el golpe que la

llevó a tierra. La muchacha corrió hasta ella con trágicos ademanes, saltó sobre los primeros matorrales, con actitud de loca abarcó en lo que alcanzaron sus brazos, el grisoso e hinchado tronco.

Desconcertado por su comportamiento, bajé a tierra, avancé prudente hasta la inconsolable mujer... También a mí me había dolido derribar tan hermoso árbol; nunca había visto uno igual en imponentia, belleza y altura; dudé en derribarlo..., me chocaba destruir esa obra de arte de la naturaleza..., pero el arrollador empuje de la civilización lo exigía.

—¡Mama Ceiba!!!...!!!

Creí entender que exclamaba la bella mujer negra, entre sollozos y torrentes de lágrimas; todo su cuerpo se sacudía en espasmos de dolor; sus uñas cuidadas y hermosas poco antes, se destruían y sangraban al rasguñar con histeria la gris corteza...

—¡Mama Ceiba!... ¡Mama Ceiba!

Sin saber el real motivo, comprendí la tragedia de la muchacha. Yo, como ingeniero, era el causante de sus desgracias. Con timidez y pena, queriendo reparar el daño, al menos en parte, posé una de mis manos sobre su espalda; se volvió, la mirada enloquecida, la piel del rostro y el cuello bañados en increíble caudal de lágrimas... Temblaba... Sus manos se alzaron ante mi rostro en gesto acusador:

—Docto..., ¡uté mató a Mama Ceiba!... ¡Uté la mató!

Y con un último alarido se desplomó a mis pies; la espléndida hembra negra, era ahora un triste guiñapo de carne dolorida.

Permanecí inmóvil, mirándola estúpido, sin saber qué decir. En mi mente reconstruía la asombrosa silueta de la ceiba, cuando con toda su fuerte grandeza me llenara de maravilla... ¿Qué representaba para esta pobre mujer el imponente faro vegetal?... ¿Qué mal le había causado al ordenar derribarlo?

Me incliné, la obligué a levantarse, la llevé casi en peso hasta la camioneta, alcancé a decir:

—¡Perdóname! No se qué mal te he hecho..., también me dolió acabarla.

La negra hizo un esfuerzo, se irguió, me miró de frente con dolor desgarrador en las pupilas, balbuceó ahogada:

—No tiene que pedime peddón, docto...

Y con trágica ferocidad concluyó:

—...¿Soy una puta, sabe?... y las putas no tenemos peddón ni podemos í al cielo!

Y volvió a doblarse como herida por un arma invisible, esta vez entre mis brazos tostados...

* * *

Caminamos por la playa, coleccionamos caracolitos, conchitas y deditos de coral; nos detuvimos ante una abandonada choza semi-tragada por los manglares; pasamos la noche tendidos sobre la arena, con el cielo estrellado del golfo por dosel, las olas lamiendo nuestros pies con un arrullo sin fin; cerca mostraba su quilla un bote podrido; a nuestro lado pasaron las hordas acorazadas de los cangrejos azules y nos pellizcaron los paguros; en la espesura escuchamos los gritos de los monos colorados... Por primera y última vez en su vida, Zoila habló a un extraño de la muerte de su madre, del abuelo Samué, de cómo la compró y vendió un turco, de las mil profanaciones en su vida, de Mama Ceiba por cuyo tronco y ramas se podía subir al cielo...

Por una ironía, yo destruí su única y bella ilusión... por esta misma ironía fuí el depositario de su hermosa y triste historia. No pude menos de amarla..., con gentileza y cumplimiento de viajero..., y hoy, cuando ya han pasado tantos años, que mi cabello encanece, y ella tal vez ha muerto, escribo estas líneas..., y pienso en el gran esqueleto de Mama Ceiba, que aún permanece tendido a la vera de la carretera, con un gran sudario de floridas enredaderas, donde aún cadáver, sirve de morada y refugio a los lobitos, las iguanas y los conejos...

Viajeros que pasan y ven los restos calcinados de la ceiba. ¿Pensáis acaso imaginar esta historia?... ¿O tendréis un pensamiento compasivo para algunas mujeres colombianas de esta tierra?